

## DIARIO DE UN ESPECTADOR

# El discurso de investidura

**L**A pregunta más ocurrente, más popular y más razonable formulada en uno de los pasillos del Congreso por un periodista a Felipe González, que acababa de pronunciar su discurso de investidura, fue ésta: «¿En qué puede notarse que su discurso pertenece a un hombre de izquierdas?» Fue mi sonrisa de la tarde, después de ver por televisión la sesión del Congreso. El propio Felipe González incluía en la última parte de su discurso una advertencia sobre la similitud de los pronunciamientos de otros en el último medio siglo español, con sus propios proyectos políticos. Advertía el líder socialista que «las palabras podrían ser semejantes, pero las políticas distintas». Esto no sería serio, aunque nuestro idioma es rico en palabras únicas para caminos diferentes.

El caso es que Felipe González ha pronunciado un discurso que no desagradaría a ningún político no izquierdista, y no solamente de estos últimos años, sino de muchos años anteriores. A mí me sonaba el discurso de Felipe González a todo lo que se oía, y se leía, por los políticos y los periodistas de la década de los 60, y era menos revolucionario de lo que se decía y se escribía por los jóvenes políticos —luego frenados— de la década de los 40. Los socialistas no sometidos, los que estarán sin el acta de diputados, o sin buena instalación en las áreas del partido en el poder, no saldrán de su asombro. Yo me figuro a Pablo Castellano, y a muchos más, mirándose sus identidades en demanda de sus ideas perdidas. El discurso de Felipe González puede decirse que pertenece a la brillante elocuencia de un socialista de salón. Quede constancia que esto no es ningún reproche. Comulgo, literalmente, con todas las ideas expresadas por Felipe González desde el principio hasta el fin. No hay otro socialismo válido en este último tercio del siglo XX que el manifestado por Felipe González. El socialismo no es de barricadas, sino de salón. Lo que únicamente procede es que no se desoriente la militancia y los votantes. El cambio radical está archivado. Felipe González aspira a la paz social, en la seguridad ciudadana; a la unidad nacional, construyendo bien la diversidad autonómica; el progreso, al servicio de la justicia social; las preferentes relaciones con los países del norte de África, con Portugal, con la Europa de Occidente, con Hispanoamérica, y se pedirá hasta la devolución de Gibraltar. Esta es la literatura política de España desde hace mu-

chos años. Silencio sobre el mundo del Este, delante del mismísimo Duvinin que estaba en una tribuna, y silencio sobre el tercer mundo. Cuando dijo que las empresas del sector público no iban a ser suplantadoras de las iniciativas privadas, sino solamente su estímulo, se miraron los diputados de la derecha Fraile y José Luis Alvarez y se echaron a reír. Esto no se atrevió a decirlo ni aquel famoso Suanzes, fundador del INI, porque habría padecido la significación social de su proyecto. Felipe González aspira a dejar reducida la inflación en un 12, y aumentar el PIB en un 2.5. Señaló como una grave irresponsabilidad los aumentos del déficit público y maliciosamente las cámaras de televisión ponían en la pantalla al ministro de Hacienda, y al vicepresidente para Asuntos Económicos, García Díez. Cuando afirmó que una situación parlamentaria, sin una mayoría sólida de Gobierno como el actual, degeneraba en astucia, las cámaras pusieron en la pantalla al duque de Suárez, que esta vez estaba acompañado por Rodríguez Sahagún. La efigie de Leopoldo Calvo-Sotelo parece como si dijera «¡Las cosas que tiene uno que oír!». Aquel presidente socialista de Gobierno parecía menos reformista que Landelino Lavilla. El problema va a ser el de la actitud de la derecha. No me explicó por qué no aplaudieron a rabiar a Felipe González. Lo que estaba leyendo era un programa reformista de derechas, y una costumbre parlamentaria pernicioso es no aplaudir aquello que gusta. En el propio tema de la Alianza Atlántica las palabras no fueron lo mismo de resueltas que en la propaganda electoral; el objetivo ahora de Felipe González es el de tra-



tar de descubrir nuestros intereses en todos los problemas de la política exterior, ya sean económicos o de Defensa. Las cámaras entonces ponían en la pantalla al ministro Pérez Llorca, y éste ponía un gesto de estupefacción cuando descubría que la única razón de la política exterior española es defender nuestros intereses.

Pero es también cierto que el discurso de Felipe González era una especie de construcción escrita por Julián Marías, aunque al final se veía la mano melodramática de un Echegaray del partido. No era un programa concreto y claro de Gobierno, sino una filosofía de panoramas. Había petardos escondidos, como el de la Educación, o el de las incompatibilidades. Pero el texto estaba más próximo a un discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que al muestrario de decisiones de un Partido Socialista, que cien años después se dispone a gobernar hegemoníamente a la nación. Por eso es de agradecer la distinción honesta que ha hecho el líder socialista entre las palabras, que es una especie de manifiesto moral, y las intenciones y las leyes próximas. Después de ese discurso la gente se va a quedar sin saber lo que se va a hacer en el país, o en qué consiste el cambio. Así es que, o se lo pregunta la derecha mediante la curiosidad parlamentaria establecida —y la contesta Felipe— o nos quedamos como estábamos.

Hay también en el discurso de Felipe González, que tiene buena letra y buena música, convocatoria a cosas que solamente son concebibles en un hombre joven e ilusionado que ha culminado brillantemente, y legítimamente, una ambición política. Una vez que tenga alguna experiencia de poder, comenzarán sus sufrimientos. La cara de Suárez ahora mismo es el resultado. Cuando se levantaba de su asiento hacia la tribuna, estaba pálido y ligeramente nervioso. Era natural. Es su gran ocasión histórica. La izquierda se aparece como una brisa y no como un temporal.

Emilio ROMERO